

NOTAS Y COMENTARIOS

Joaquín V. González

Había en González un sutilísimo artista. Cuando se estudie en conjunto su obra literaria se verá cómo su espíritu, en constante transformación, contemplaba el paisaje, la vida y el arte. El autor romántico de *Mis montañas* y *La tradición nacional*, después de una intensa labor jurídica, política, universitaria, empezó a sentir en los últimos quince años de su vida el sople renovador e inextinguible de una juventud impregnada de un espiritualismo panteísta que arranca de la materia creadora y de las fuerzas eternas del mundo. Empezaba a ser un místico este hombre de ciencia que había meditado al través de laboriosos años los grandes problemas biológicos y cósmicos. González era un erudito y un pensador. Con serenidad griega su espíritu enamorado de todas las formas del pensamiento humano se había detenido frente al universo. Creo que Renan es el que ha escrito que los sabios futuros cuando quieran conocer quienes hemos sido nosotros se preguntarán qué hemos pensado frente al universo. Y González había pensado mucho y en la incesante depuración de su mentalidad se identificaba con la sabiduría que ha forjado las leyes de la vida y aceptaba como un deber sagrado lo fatal y lo divino de la naturaleza de las cosas. Y este hombre que abría su espíritu a la belleza y al amor, era el minucioso artista que estudiaba el canto de los pájaros y la vida de los insectos. Era el amigo de los jóvenes, de los poetas, de los consagrados al arte. Sabía cuán vanos son los honores del mundo y que sólo el sentimiento de la justicia y el estudio de lo bello y de lo misterioso de la vida nos revelan en secreto el tesoro que llevamos oculto en el alma.

Hay que restituirlo a González a su tierra de las montañas, a la austeridad de los peñascos, a la música del viento en los

cardones y en las zarzas, a los desiertos pedregosos donde amarillea la retama, hay que oírlo cuando el chirrido de las cigarras se difunde en el aire luminoso, meditar con él en las noches de las sierras, para explicarse cómo viene a parecerse a los místicos de la árida Castilla. En estas líneas tan ligeras no podríamos dar una idea de ese espíritu altísimo que volvió en su otoño lleno de penetrantes esencias a buscar la paz en un lugar de su tierra hecho de piedra y cielo.

A. Marasso Rocca.